

Makambo

Emiliano Ortiz Benítez

Lic. en Composición Conservatorio Nacional de Música, 8º semestre

JÓVENES CREADORES

Makambo era una de esas personas que sonríen con la mirada, y que contagian, simultáneamente y con la misma intensidad, su felicidad y sufrimiento. Era un hombre solitario, al que le gustaba disfrutar del aislamiento rodeándose de gente desconocida. Dedicaba una hora diaria a esta actividad. Vivía con una prima, una tía, tres perros y su padre de ochenta años. Todos en la misma casa. Por eso, evitaba a toda costa pasar demasiado tiempo en su hogar. Estaba ahí únicamente cuando era necesario. Su casa estaba en Erba, un pueblito escondido en la región de Calabria, en la costa sur de Italia. Se dedicaba a transcribir textos religiosos antiguos. No ganaba mucho, pero no se le ocurría una mejor manera de utilizar su vida. Trabajaba en el sótano de la iglesia medieval de San Ambrosio, que se encontraba en las afueras del pueblo. Solo. Envuelto en el eco de un silencio oscuro y húmedo. Tenía una ventanita cuadrada justo arriba del escritorio. En ella se podía notar el grosor de los grandes muros de piedra. El lugar tenía electricidad, pero Makambo prefería usar velas para alumbrar el cuartito. Las velas se habían convertido en una especie de temporizador para indicar cuándo terminaba su jornada. Utilizaba dos velas diarias que duraban aproximadamente tres horas cada una.

A Makambo le fascinaba la idea de revivir el aislamiento de esos monjes que habían pasado casi toda una vida copiando manuscritos a mano. Amaba su trabajo, porque de todas las soledades, esa era su favorita.

Él nunca fue religioso, pero siempre se interesó por la teología. Le gustaba todo lo que tuviera que ver con la antigüedad, y las religiones no hacen más que recordar. En la universidad nunca le atrajo la historia como materia. Le emocionaba más observar la historia de la humanidad a través de las palabras, de su morfología, por eso, estudiar latín le pareció lo más lógico.

Él mantenía su vida en orden. Tenía una rutina para cada día de la semana, y un horario que seguía con una precisión religiosa. Dedicaba dos horas diarias para descansar. Nunca debía exceder el tiempo. Con los años, se había dado cuenta de que imponiéndose estos límites, la libertad que sentía durante esas horas era bastante gratificante. Descubrió que era más cómodo vivir bajo una libertad limitada, que bajo una libertad desbordada; porque sin límites, la vida era abrumadora.

Anuar fue guía de turistas en el centro de África. Comenzó a trabajar desde los catorce años, por lo que, llegados los treinta, ya tenía una experiencia excepcional. Era una persona brillante, de esas que con la mirada atrapan y convencen a la gente de lo que sea, por más ilógica que parezca. Pueden hacer dudar de la realidad. Era una persona que vivía en la imaginación, y creaba las historias más asombrosas con cualquier cosa que se le cruzara en el camino. Sus recorridos estaban siempre adornados con una de estas narraciones. No era el mejor guía de turistas, pero sí el más creativo.

Así, un día, en el recorrido matutino por la sabana, conoció a Ludovica, rodeada por un grupo de nueve alemanes y una pareja inglesa. Ella era una antropóloga italiana que viajó a África motivada por el deseo de conocer las civilizaciones antiguas. Las narraciones de Anuar no eran exactamente lo que ella esperaba para sus estudios, pero se dio cuenta de que necesitaba esas historias, de que necesitaba la imaginación de ese hombre, porque todo lo que ella estudiaba no pertenecía más que al mundo de la especulación y la imaginación. No supo que estaba enamorada sino hasta que regresó a Italia.

Durante todo el recorrido en África no cruzaron palabras, sólo miradas. Pero Anuar comprendió que ella sería su futuro, y sabía claramente lo que debía hacer: dejarse guiar por la intuición y la creatividad. Y así, como sacado de una de sus historias, Anuar la siguió hasta Italia. Llegó a su casa y, bajo el marco de la puerta, le pidió matrimonio. Era la primera vez que se hablaban directamente. Para Ludovica todo esto carecía de cualquier lógica y coherencia, pero había tal seguridad en los ojos de ese hombre, que sintió cómo se hundía en ese mar de historias irreales, y simplemente se dejó llevar por esa mirada. Se casaron tres meses después, y los siguientes dos años se dedicaron a conocer el mundo, acompañados siempre de historias mágicas.

Era otoño. Makambo salió a comprar el habitual paquete de velas para todo el mes; claro, dentro de sus dos horas libres. De regreso, pasó por un mercado de antigüedades que se ponía el último fin de semana de cada mes. A él no le interesaban mucho los objetos viejos, pero los libros antiguos eran su fascinación. Siempre iba con la esperanza de encontrar alguno, mientras más usado, mejor, pero pocas veces había visto libros en aquel mercado. Ese día fue la excepción: vio en un estante un libro grande y pesado recargado en una fila de acetatos; lo tomó con cuidado y lo hojeó. Su vida estaba a punto de cambiar, pero Makambo todavía no lo sabía.

El libro estaba maltratado y descuidado; era café y de pasta dura. En la portada se podía leer el título: *Liber usualis missae et officii*. El *Liber usualis* era una colección de cantos gregorianos utilizada por la iglesia católica. Makambo conocía ese libro, y sabía que no era difícil de encontrar, pero nunca había visto una edición como esa. Las hojas eran gruesas y todos los cantos estaban escritos a mano. Después de revisarlo un momento, llegó a la conclusión de que los textos eran por lo menos del siglo XIV, lo cual no tenía sentido, porque la pasta dura no podía ser anterior al siglo XVII. Era como si alguien, al encontrar esos manuscritos, los hubiera empastado. No dudó ni un instante y lo compró.

Regresó a su trabajo con las velas y el libro. Sus dos horas libres habían terminado y debía volver a su transcripción, pero no podía sacarse el libro de la cabeza. Tenía unas ansias enormes por abrirlo y perderse en su misterio. Sabía que no lo podría abrir hasta las cuatro de la tarde del día siguiente, durante sus horas libres. Mientras tanto, intentaba seguir sus actividades con normalidad, a pesar de que en su mente sólo estuviera el *Liber usualis*. Hasta ese día, su vida había sido siempre cómoda, controlada y sin mucha intensidad. Pero ese libro comenzó a cambiar algo en Makambo.

Terminó su jornada. Salió de la iglesia y, como todos los días, se sentó en una banca a mirar el mar en el horizonte y a sentir la brisa del mediterráneo. La noche se acumulaba en el cielo, y las sombras comenzaban a desaparecer. Cuando sólo quedó la luz de la luna, Makambo se levantó y caminó hacia su casa. Lo único que deseaba era que saliera de nuevo el sol para regresar al libro. Pero mientras más pensaba en el tiempo, más se alargaba la noche.

Después de viajar por el mundo, Anuar y Ludovica encontraron una casita muy sencilla en la costa italiana. Quedaron enamorados del lugar; no por la casa, ni por la vista del mar, que evidentemente era hermosa, sino por el color del pasto: era un verde que jamás habían visto. Hipnotizante. Producía en ellos el mismo efecto que el fuego, como esos momentos en los que las flamas se meten en la cabeza y no hay lugar para ningún otro pensamiento; todo el espacio en la mente es el baile de las chispas. Así se sintieron la primera vez que vieron el pasto de aquel lugar. En ese instante los dos supieron, sin decir nada, que su vida necesitaba de ese color, de ese verde. Compraron la casa.

Al inicio les costó trabajo adaptarse al lugar. Anuar se dedicó al campo. Procuraban cosechar todo lo que consumían, pero a veces no era suficiente. Independizarse del dinero había sido siempre su deseo, pero finalmente comprendieron que seguiría siendo una utopía, así que Ludovica comenzó a trabajar en una tienda de antigüedades que estaba en el centro del pueblo. A ella le gustaba su trabajo, de alguna manera, no estaba muy alejado de la antropología: catalogaba los objetos y los organizaba por su funcionalidad. De vez en cuando escribía relatos imaginando el pasado de éstos. Anuar le había contagiado un poco de esa creatividad narrativa.

La dueña de la tienda de antigüedades era una vieja de ochenta y cuatro años que se encariñó mucho con Ludovica, por lo que, cuando murió, le heredó la tienda. Ludovica era una mujer práctica y muy lista, y comenzó a hacer de esa tienda un lugar atractivo. Contrató a dos cuenta cuentos, y planeó un recorrido en el que ellos narraban las historias que Ludovica había escrito de los objetos. El negocio se volvió un éxito.

Así, poco a poco, Anuar y Ludovica se fueron adaptando a su nueva vida. Y después de tres años, decidieron tener hijos. Ludovica escogió los nombres de las primeras dos niñas: Lucía y Alba; al tercer hijo Anuar lo llamó Makambo.

Fue una espera eterna, pero, al final, llegaron las cuatro de la tarde del día siguiente. Makambo acomodó su escritorio. Colocó el libro justo en el recuadro de luz que caía desde la ventanita. Lo abrió. Daba la impresión de que estaba realizando un ritual. Comenzó.

Pasaba las páginas como si estuviera buscando algo dentro del libro. No sabía qué era, pero sabía que lo encontraría. Sin embargo, en el

libro no había nada distinto a lo esperado. Claro que, aun así, Makambo estaba fascinado, sintiendo el siglo XIV en sus manos, presenciando la música que escuchaba San Agustín y disfrutando el olor de ese papel que había estado aislado durante siglos.

Siempre le había parecido mágica la notación musical de la Edad Media. No podía creer cómo esas figuritas de tinta colocadas en líneas horizontales podían ser interpretadas como sonido, como música. Este tipo de escritura lo encontraba aún más hermoso que la invención de la literatura. Gráficamente, las páginas también eran preciosas, tanto, que no dudaría en enmarcarlas y llenar las paredes de su casa con ellas; sería como tapizar la sala con cantos escondidos en figuritas de tinta negra.

Terminaron las dos horas y Makambo tuvo que cerrar el libro contra su voluntad. No había encontrado lo que buscaba, y esa ansiedad lo acompañó las siguientes veinticuatro horas.

Cuando Makambo tenía diez años, Ludovica, su madre, y Lucía, su hermana, murieron en un accidente. Estaban en la tienda de antigüedades cuando sucedió. Nunca se supo la causa del incendio, pero parece que se originó en el área de cine. Ludovica había hecho una sección, al fondo de la tienda, llena de cámaras y rollos cinematográficos de los años cuarenta. Era la sección favorita del público. Pero nunca se tuvo la precaución necesaria para cuidar el material de cualquier chispa o flama. No sabían lo altamente inflamables que eran esos rollos. A partir del incendio, Anuar decidió remover el cine de su vida. Fue una de las peores tragedias en la historia del pueblo, sólo se salvó una empleada, que, en seguida, decidió irse a vivir a algún país de Asia.

Anuar estaba destruido; algo murió dentro de él. Para Makambo y Alba, el incidente fue demasiado. Tardaron varios años más en poder comprender y asimilar lo ocurrido. Cuando la hermana de Anuar, también viuda, se enteró del suceso, decidió salir de África para ir a vivir con ellos. Así podría cuidar de Makambo y de Alba mientras Anuar luchaba contra la depresión. Fueron tres las ocasiones en las que intentó suicidarse, pero, por una u otra razón, nunca lo logró. Para Makambo y Alba ese fue un periodo que siempre intentaron olvidar. Se convirtieron en recuerdos tan borrosos, que siempre los confundieron con sueños o pesadillas.

Y así, de un día para otro, la familia que vivía en esa casa era distinta. Ahora Makambo vivía con su tía, su prima, su padre y su her-

mana, quien huyó del pueblo apenas cumplió dieciocho años; se fue a Grecia, en donde se casó y tuvo dos hijos. Pocas veces visita Italia. Regresar a ese pueblo es demasiado doloroso para ella.

Para Anuar, era insoportable ver todos los días el pasto frente a su casa; ese pasto que había sido la causa de convertir aquel lugar en su hogar de recién casados. Estuvo a punto de arrancarlo y de llenar el jardín con grava, pero nunca lo hizo. Ese verde era uno de los recuerdos más vivos que tenía de Ludovica, y prefirió mantenerlo a salvo. Lo cuidaba como si cuidara de ella.

Makambo pasó dos semanas más sin encontrar nada en los manuscritos. Analizaba el más mínimo detalle de cada página; podía tardar hasta 10 minutos observando una sola hoja. Es por eso que en sus dos horas libres diarias sólo alcanzaba a leer un aproximado de dieciocho páginas. Así, después de dos semanas, había leído poco más de doscientas. Su vida entera giraba en torno a esas dos horas tan preciadas y todo el tiempo que no perteneciera a ese rango era una agonía.

Los domingos eran peores. Makambo sabía que en su vida era necesario tener un poco de interacción social, y el objetivo principal de los domingos era ese. Así que salía con su familia al centro del pueblo y comían en el restaurante favorito de su padre. Makambo ya se había acostumbrado a esos domingos, casi siempre aburridos, y no le molestaban. Anuar nunca hablaba mucho, pero cuando lo hacía, era para contar una de sus historias mágicas. Eso era lo que Makambo más apreciaba de los domingos: la posibilidad de escuchar una historia de su padre. Pero esa posibilidad, con el tiempo, se reducía cada vez más.

Sarabi, la prima de Makambo, era una persona extremadamente amable. No era muy inteligente, pero, quizá por eso mismo, parecía que disfrutaba de la vida más que nadie, cosa que Makambo envidiaba. Se llevaban muy bien, pero sus pláticas siempre permanecían en una superficialidad no permanente. Nunca habían logrado hablar más de media hora. A pesar de ello, existía un cariño muy profundo y tierno entre los dos. Sarabi hacía los domingos más llevaderos. Pero durante estas dos semanas, nada pudo eliminar la ansiedad de Makambo. Y esos dos domingos fueron los más largos de su vida.

Finalmente llegó el día en que las cosas comenzaron a cambiar. Era un martes; Makambo estaba sumergido en el *Liber usualis*. De pron-

to, al pasar la página, encontró una hoja suelta dentro del libro. Vio el reloj: 17:59. Le quedaba sólo un minuto de tiempo libre. Sin pensarlo, Makambo comenzó a leer la hoja suelta, a pesar de que le tomaría más de un minuto. Por primera vez en dieciocho años iba a romper su estricto horario. No le importó. La sed de curiosidad que sentía nublaba su disciplina. Sólo existía una cosa en su mente: leer esa nota.

Estos manuscritos llegaron a mis manos por una de las coincidencias más bellas de mi vida. No conocía el secreto que guardaban, hasta el día de hoy. Y ahora, estoy segura que en mi memoria flotará siempre el eco de aquel canto que escuché por primera vez en estos manuscritos. Un canto que rebasa cualquier forma de razonamiento lógico; un canto tejido con los filamentos de la imaginación en su forma más pura. Es como experimentar el vacío; el manantial de la nada. A quien esté leyendo esto, la casualidad lo habrá elegido, como lo hizo conmigo, para escuchar...

58 Makambo leyó la nota más de cinco veces, y la analizó buscando algún indicio que lo pudiera ubicar en el tiempo. No encontró nada. Releyó la carta por última vez, ahora más relajado, sonrió, quitó la hojita, y ahí estaba el canto: no tenía título, y la melodía no parecía religiosa. Musicalmente era un canto muy sencillo, pero, efectivamente, era hermoso. Era esa sencillez la que lo hacía tan fácil de reproducir y de apreciar. Estaba claro que no pertenecía al *Liber usualis*. Era extraño, el registro de la voz era demasiado alto como para ser cantado por hombres. Así que había varias opciones: que fuera cantado con falsete; que fuera cantado por niños; que fuera cantado por mujeres (muy raro para la época); o que simplemente fuera un error. Pero el hecho de que estuviera en un registro tan alto, y con esa línea melódica, generaba la sensación de una ligereza tenue, como si se pudiera palpar el peso de la luz con las manos.

La letra del canto tampoco era muy común. No tenía nada que ver con la religión. Trataba de una hormiga. Una de esas hormigas que se dedican a trazar los caminos para que después sus compañeras lo sigan y puedan llevar el alimento al hormiguero. El canto describía todo lo que la hormiga se encontraba en el camino: eran

objetos comunes, pero vistos de una manera extraña y diferente. En realidad, era un relato muy sencillo, pero a Makambo le pareció fantástico. Se sintió envuelto en una de las historias de su papá. No sólo por el contenido del canto, sino por todas las situaciones que lo habían llevado hasta ese punto: estar en el sótano de una iglesia medieval, leyendo, en un libro del siglo XIV, el canto de una hormiga. Y todo por una simple casualidad en un mercado de antigüedades.

Por un momento, Makambo pensó que su vida misma era un cuento, y él un personaje que era arrastrado por la caprichosa imaginación de alguien más, como aquella hormiga. Sintió que rozaba una verdad que sabía jamás lograría comprender. Entonces, escuchó el canto; no sabía si provenía del exterior o de su mente, pero no le importó, y se dejó llevar por el brillo de las voces. Sentía que flotaba en un océano de aire. Cerró los ojos: negro. Era como si estuviera escondido detrás de esas figuritas de tinta que tanto le gustaban; era como si él mismo fuera el sonido del canto. La melodía llegó a la cadencia final y, de pronto, la nada, el vacío, el lugar al que va la música cuando ya no se escucha.



Esta historia pertenece a mi imaginario, pero es igual de real que la vida misma. Hoy en la mañana, en el recorrido por la sabana, conocí a Ludovica. Quizá nunca la vuelva a ver.

Pero ahora sé que, en definitiva, llamaré a mi hijo: Makambo.

Anuar